



C | U

L | T

U | R

A



«ESPERO  
QUE EL  
NOBEL ME  
PROTEJA»

Svetlana Alexievich,  
premio Nobel de  
Literatura 2015,  
visita Madrid armada  
con un mensaje  
contra una tiranía a  
la que se enfrentó  
bajo el disfraz  
soviético y que ahora  
se encarna en  
Vladimir Putin.

**POR ALBERTO ROJAS**

Svetlana Alexievich posa  
con mujeres militares  
soviéticas. ARCHIVO PERSONAL



Los ojos claros de Svetlana Alexievich han visto a bomberos ucranianos escupir parte de sus pulmones carcomidos por la radiación de Chernóbyl, a jóvenes rusos matar a sus propios padres por el odio acumulado en Afganistán, a mujeres piloto que derribaban cazabombarderos de Hitler sobre los cielos de Moscú y después regresaron a casa sin gloria. Pero también ha mirado a la cara a los viejos jefes comunistas que rinden un desmedido culto al dinero en la Rusia actual.

Sus libros (*Los muchachos del zinc*, *La guerra no tiene rostro de mujer* o *Voces de Chernóbyl*), son un viaje a los sótanos de la Unión Soviética, donde se encontró unos cimientos llenos de secretos y cadáveres. La Premio Nobel de Literatura de 2015, entregado por primera vez a una escritora de no ficción, pasea por un hotel aristocrático de Madrid a ritmo pausado, subida a unas zapatillas de adolescente y vestida a la moda del pacto de Varsovia.

**Pregunta.**— ¿No cree que hay en el mundo demasiadas guerras y muy pocas como usted que se atreva a contarlas? ¿No se plantea volver a trabajar sobre otro conflicto?

**Respuesta.**— Por mi parte, se acabaron las guerras. No puedo. Nunca más. Estoy agotada. Mis mecanismos de protección, mis blindajes, están perforados.

**P.**— ¿Qué peaje personal ha pagado en su carrera como escritora?

**R.**— Yo crecí escribiendo estos libros y me cambiaron por completo. Pero es un conocimiento trágico. Cualquier persona preferiría no saber esas cosas, pero tampoco podemos escapar de nuestra realidad. No me gusta que se sacrifique tanto el oficio de escritor ni me gusta que se me pregunte por lo que he soportado. [En este punto Alexievich hace un gesto con el brazo, como si se espantara un insecto]. Un oncólogo de un hospital infantil lo tiene mucho más duro que yo. Por supuesto que ha sido desolador haber vivido cosas terribles en Afganistán, donde los militares siempre intentaban probar mi capacidad de aguante. Me preguntaban: «¿Quieres ver lo que las minas antipersonas han hecho a alguno de los nuestros?». Y tenía que acudir a ver cuerpos desmembrados, aunque me desmayara o me pusiera a llorar. Tenía que verlo. Creo que ahora mismo no tengo esta fortaleza que tenía antes. Ya no me atrevería.

**P.**— Los mejores testimonios de sus libros los ofrecen las madres, ya sean de víctimas de Afganistán o de Chernóbyl. ¿Qué les debe su obra?

**R.**— Nos hemos acostumbrado a ver la guerra como un asunto de hombres. Pero el conflicto no se limita al espacio donde tiene

lugar el enfrentamiento armado. A ambos lados hay madres e hijos que sufren aún más que los que luchan. Cuando la guerra termina las mujeres siguen sufriendo, porque tienen que cuidar a los heridos, incluso a los enfermos mentales. Esta idea es importante para mí: hay un culto a los dios Marte. Condecoramos a la gente que va a la guerra. Y sin embargo creo que cualquier guerra es un asesinato. Es una barbaridad. Tenemos que matar ideas, no personas.

**P.**— Usted se ha enfrentado a grandes poderes en la Unión Soviética y ahora tiene que hacerle frente a líderes como Vladimir Putin o Lukashenko, el presidente de Bielorrusia, donde vive ahora. ¿No le resulta frustrante que nada cambie?

**R.**— Tenemos que hacer nuestro trabajo. Las convicciones hay que defenderlas de por vida. Para un escritor ruso enfrentarse al poder es una situación normal. Desde el siglo XVI es así. Lo que sí es más complejo es

enfrentarte a tu propio pueblo, que apoya el autoritarismo de Putin y Lukashenko. Esto es lo complicado. Lo duro es ver que estás inmersa en una guerra contra tu pueblo, donde no se oyen las palabras de los demócratas, pero sí la propaganda de los dictadores. Es duro ver cómo Putin ha conseguido atizar esa histeria militarista. Hay gente que se alegra que haya un conflicto contra personas a las que considerábamos hermanos hace poco, como los ucranianos. Hasta hay gente que celebra cuando se anuncia por televisión el número de muertos del día anterior.

**P.**— ¿No cree que la Rusia actual de Vladimir Putin merecería uno de sus libros?

**R.**— En cierto modo ya escribí de esta Rusia está en mi libro *El fin del hombre soviético*. Ahí pude prever lo que iba a suceder en el país. Hablo de la gente enfurecida, robada y rencorosa. Nosotros esperábamos que este rencor se dirigiría contra el po-

der, pero, sin embargo, el poder ha sabido reconducir habilmente esa frustración contra un enemigo externo: Europa y Estados Unidos. Ahora vemos lo que veíamos antes: esta filosofía de la fortaleza asediada. «A pesar de ello construiremos nuestra gran Rusia», dicen. Asusta este estado de ánimo de la gente que ha decidido aguantar contra viento y marea. Cuando voy a Rusia les pregunto a mis amigos por qué cada vez hay menos productos en las tiendas. Su respuesta es siempre: «Es que nos quieren castigar». ¿Pero quiénes os quieren castigar? ¿Los europeos? ¿Los americanos? Es duro escuchar estas cosas. Vemos que hay una corriente de jóvenes nacionalistas entre los que encontramos escritores y filósofos que opinan que Putin es demasiado débil. Que no se puede entregar así el territorio de Ucrania. Creen que hace falta un líder más fuerte.

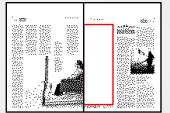
**P.**— ¿Como Stalin?

**R.**— Sí, como Stalin. Ahora es-

«A LOS JÓVENES QUE VEN A LA URSS CON BUENOS OJOS LES PIDO QUE LEAN UNO SOLO DE MIS LIBROS. CON UNO SERÍA SUFICIENTE»

«ESTÁN CERRANDO MUSEOS DEDICADOS A LAS VÍCTIMAS DEL GULAG Y ABRIENDO OTROS PARA LOAR A LOS CARCELEROS DE STALIN»





tán abriendo muchos museos para reivindicar su figura. Hay una ola de revisionismo. Mientras abren museos para loar a Stalin, cierran otros dedicados a sus víctimas. Echan a todos los trabajadores de un día para otro y el centro se transforma en una celebración de los carceleros del gulag. Esto es lo que está sucediendo en Rusia. A mí y a otras personas que somos contrarios a esa deriva, Putin nos llama «traidores a la patria». Hay un resurgir de la *espionanía* de la Guerra Fría. Hay muchos agentes encubiertos deteniendo a jóvenes simplemente por hablar. Son tiempos turbulentos y peligrosos. Hay leyes en contra de los homosexuales, de personas de diferente religión, de disidentes políticos...

**P.-** ¿No tiene miedo físico a enfrentarse a Putin?

**R.-** No quiero ni pensar en ello. Espero que el premio Nobel me proteja de él, aunque de esto no estoy nada segura.

**P.-** ¿Existe también un revisio-

nismo sobre la historia de la Unión Soviética?

**R.-** Hay muchos jóvenes nostálgicos de la URSS. Eso es porque hoy ven a sus padres como unos derrotados por el sistema. En Rusia, el 7% de la población acumula la riqueza del país. A estos jóvenes quizá sus padres les hayan contado que antes la gente vivía mejor. Aquella igualdad comunista les hace añorar tiempos pasados. Además, en los años 90 éramos unos románticos inocentes. Pensábamos que al salir del gulag íbamos a encontrar la felicidad. Corríamos por las plazas llamando a la libertad sin saber lo que era. Inmediatamente, el dinero adquirió una enorme importancia. Fue como una bomba nuclear para nuestra sociedad. Era la época en la que se publicaron los libros de Solzhenitsyn, pero la gente pasaba de largo y se iba a comprar ropa nueva, alimentos que no habían probado, billetes para viajar a países que no conocían... Lo material se impuso.

**P.-** También en España hay muchos jóvenes fascinados por la utopía de la URSS. ¿Qué les diría usted que la vivió?

**R.-** Para eso he escrito mis cinco libros, para explicar cómo terminó la versión rusa del comunismo, con un enorme derramamiento de sangre. Con que lean un libro ya será suficiente.

**P.-** ¿La URSS dejó algún legado positivo?

**R.-** Hay personas que, incluso habiendo pisando la cárcel durante los años de la URSS reconocen que había cierto idealismo, cierta hermandad entre las personas. No encuentran esa división entre ricos y pobres.

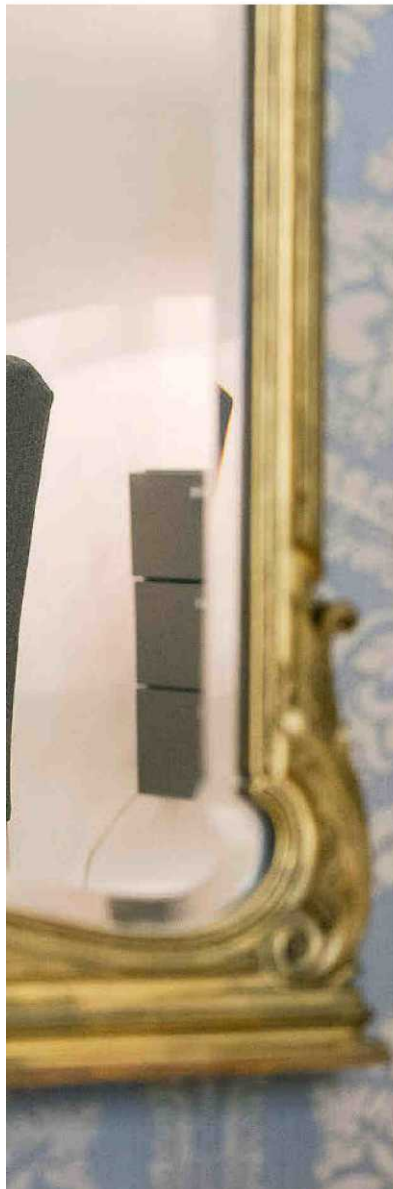
**P.-** ¿Cómo consigue que ese coro de voces de sus libros funcione como una sola voz?

**R.-** Todos los entrevistados hablan del tiempo que les tocó vivir. Cuando pienso en escribir un libro ya sé que será un proceso de años. Durante este espacio grabo a cientos de personas. Son miles

de horas de entrevista con gente que hablan de la misma cosa, la guerra, la represión, Chernobyl... Es cierto que intento lograr ese efecto de individualizar las voces, pero es difícil porque el idioma emocional de cada uno no es siempre el mismo. No es igual la experiencia de una mujer piloto que la de una guerrillera. Han vivido dos guerras muy distintas.

**P.-** ¿Por qué ha pasado del dolor, que es el protagonista de sus cinco libros, al amor, que es el hilo conductor del que está escribiendo ahora?

**R.-** Porque necesito creer que el amor es la única manera de salvarnos.



**Svetlana Alexievich, en uno de los salones del hotel Santo Mauro, ayer, en Madrid.**  
 JAVI MARTÍNEZ